

SOBRE “LA FORMA DEL AGUA”, de Guillermo del Toro
Por María Mora Viñas.

Hace algunos años, no muchos, soñé que estaba sola en una playa mirando al mar. En aquel momento veía salir una forma humana hecha totalmente de agua. Le veía acercarse, se paraba delante de mí y hacía gestos como para comunicarme algo. Yo le miraba mover sus manos de agua en un intento de dar expresión a lo que su boca no podía decir, y me quedaba allí, parada, mirándole y tratando de entender qué necesitaba comunicarme. El sueño acababa ahí.

Cuando se anunció el film de Guillermo del Toro, *La Forma del Agua*, mi interés y mi curiosidad eran grandes. Me preguntaba qué querría comunicar el director a través de la forma del agua de su historia. Es curioso porque, tanto en mi sueño como en el film, esa forma del agua no puede hablar con un lenguaje humano, del mismo modo que tampoco lo puede hacer Elisa, la protagonista del film, que es una joven muda.

En la película, la criatura del agua, que unos científicos han capturado de las profundidades del Amazonas, está presentada como una figura mitológica. Los personajes del film hablan de que entre los nativos estaba considerado como un dios al que veneraban y hacían ofrendas. Lo han capturado porque quieren utilizarlo para hacer investigaciones y experimentaciones científicas con su cuerpo. A la vez, debido a la guerra fría entre americanos y rusos que sirve de marco para situar la acción -el film transcurre en los años sesenta- ambos bandos prefieren destruir a esta criatura del agua antes de que pueda ser ventajosa para el bando contrario.



Esta figura del agua tiene algo de sobrehumano, una extraña cualidad divina por la que es capaz de regenerarse y sanar a los demás, a la vez que de infrahumano, por su incapacidad para utilizar un lenguaje articulado y por su imagen de extraño animal marino primitivo. Ambas cualidades hacen de él un ser que pertenece, no al mundo de la conciencia, sino al espacio del inconsciente colectivo.

¿Y qué puede aportarnos esa extraña criatura de características arquetípicas a quien la protagonista femenina quiere salvar a toda costa?

Si pensamos en Elisa, vemos que es muda y, según ella misma dice en el film, como ser humano, le falta algo. Ella no puede expresarse por medio de su voz, pero si lo entendemos simbólicamente vemos que es algo más que eso. Si Elisa fuera una figura de un sueño, cosa a la que el cine de Guillermo del Toro se acerca mucho, nos daríamos cuenta de que su mudez es una mudez simbólica: Elisa es un personaje femenino que no consigue expresar ni comunicar fácilmente con su entorno, una mujer que, por su trabajo, está considerada como perteneciente a un estrato social más bien inferior. Psicológicamente sería como una representante del principio femenino a la vez que de la función inferior colectiva de esta sociedad fría

y excesivamente desarraigada, es por eso que es muy difícil escuchar su “voz”. Pero precisamente como función inferior conserva los valores opuestos, pues esta mujer es de una sensibilidad y una riqueza interior superior a la de todos cuantos trabajan en ese siniestro laboratorio de experimentación acuática. Ella es la única que consigue contactar con la criatura del agua, la única que percibe su valor y desea salvarlo, es decir, la que está más cerca del inconsciente.



Además de la hermosa historia de amor entre la mujer y la criatura del agua, hay algo muy valioso en lo que esta historia transmite desde un punto de vista simbólico:

En primer lugar, se podría ver qué significa esta criatura para la mujer. Si la entendemos como una figura que viene de la profundidad del inconsciente y que, extraída de allí a la fuerza, necesita mantenerse en un espacio acuático para seguir con vida, un espacio que se utiliza como prolongación de su lejano origen amazónico, podríamos ver que se trata de un contenido del inconsciente que sólo ella, psicológicamente el principio femenino, puede entender. Para contactar con la forma del agua ella no necesita el lenguaje articulado y elaborado del consciente, al contrario, ella es capaz de tener con esta figura del inconsciente una secreta comunicación, y por ello, comprende por encima de todo que ese espíritu del agua está en peligro y que es necesario salvarlo, porque salvarlo a él equivale a salvarse a sí misma. Ella, la mujer, el principio femenino, es la que puede llevar adelante el proyecto de rescatar al espíritu de las aguas profundas de su prisión y tratar de devolverlo a su hábitat de origen. Este personaje femenino es el que, al mantener un fuerte vínculo con la naturaleza, es capaz de comprender el peligro en que se encuentra, un peligro que nos implica a todos.



Sin embargo, para quienes lo han capturado y lo quieren destruir, la forma del agua sólo significa nuevas investigaciones y conocimientos para el consciente, conocimientos que seguramente sólo podrían llevar a otros conocimientos, y así al infinito, reproduciéndose en una única dirección, pero entonces nunca representarían a la totalidad del ser humano, sino que sólo serían valiosos para esa parte unilateral de la psique que es el intelecto desarraigado, un intelecto que ha producido tantas veces un resultado científico ciertamente brillante, pero también desprovisto de sentido humano.

Y en último lugar, ¿qué puede significar esta forma del agua para nosotros, espectadores?, o dicho de otro modo, ¿qué podría significaría para el resto de personajes que viven en el mundo de ficción en el que transcurre la historia? Aunque hay unos pocos personajes que, aunque no entran en la misma onda que Elisa, la protagonista, también se sienten atraídos por la criatura y quieren salvarla, el resto del mundo parece ajeno a lo que está ocurriendo. Ese es seguramente el problema.

La criatura tiene un hermoso nombre que da su título al film: la forma del agua. Podríamos entender que el agua ha adoptado esa forma en él. Simbólicamente es una especie de espíritu de las aguas, y desde el punto de vista psicológico, un ser que no tiene cabida en nuestro mundo consciente, un contenido que habita en lo profundo del inconsciente, y al que hay que devolverlo para que se mantenga con vida, pues es una fuerza natural ancestral que sólo desde allí puede ayudar al consciente, e incluso sanarlo. Es preciso tenerle el respeto que merece, pues si se le destruye, psicológicamente estaríamos destruyendo la vitalidad de nuestras propias raíces.

Esta historia parece una ficción alejada de la realidad, pero por supuesto la realidad aquí es simbólica, y si miramos a nuestro alrededor para ver dónde, como seres humanos, corremos el riesgo de hacer barbaridades similares a las que hacen los políticos y los científicos del film, quizás podamos ver que hacemos algo así siempre que queremos traer a nuestro consciente contenidos del inconsciente a la fuerza, contenidos que no pueden vivir en nuestro limitado mundo consciente con sus estrechas dimensiones sin riesgo de morir y dejar de ser lo que realmente son. Eso es algo que la ciencia y la tecnología corren el riesgo de hacer, por lo tanto, cualquiera que adopte una actitud excesivamente científica o tecnológica olvidando



otros valores y capacidades humanas corre el riesgo de matar lo más valioso de nuestra naturaleza profunda. Pero también es posible que en psicología hagamos algo así cada vez que matamos un símbolo forzando su significado, o cada vez que, en lugar de escuchar lo que dice el inconsciente, intentamos hacerle decir lo que queremos nosotros.

Por eso, este ser mitológico que surge de las aguas profundas, que en la ficción del film están situadas en el Amazonas, lugar donde la naturaleza salvaje todavía conserva un espacio de libertad cada vez más amenazado, tiene que volver a ella, al inconsciente profundo, para que todos, tanto él como nosotros, sigamos estando a salvo. En realidad, capturarlo, al contrario de lo que podría parecer, no es una señal de desarrollo, sino una señal del peligro. Es la misma vida del planeta la que peligra, a causa de la prepotente actitud de poder que acostumbra a lanzar y tratar de atrapar con sus redes conceptuales, a veces excesivamente mortíferas, valores de la naturaleza tan venerados por la humanidad en épocas anteriores a la nuestra.

Pero es imprescindible que una parte importante de esa naturaleza, tanto la de nuestro entorno como nuestra naturaleza interior, pueda seguir viviendo libre de las pretensiones acaparadoras del complejo de poder y de la unilateralidad de nuestro consciente. Quizás sólo la capacidad del ser humano para mantener una actitud de respeto y cuidado con esa naturaleza es nuestra única garantía de que el planeta siga con vida, pues quizás sólo respetando a ese espíritu que todavía habita en lo profundo del inconsciente podremos escuchar y comprender lo que nos quiere decir.

©María Mora Viñas

Valencia, marzo 2018

